

# NEW LEFT REVIEW 104

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO - JUNIO 2017

## ARTÍCULOS

WOLFGANG STREECK	El retorno de lo reprimido	7
GOPAL BALAKRISHNAN	El contraataque de Occidente	23
ROHANA KUDDUS	Los fantasmas de 1965	51
JENNIFER QUIST	Vidas laureadas	103
JOSHUA RAHTZ	<i>Zuchtmeister</i> Schäuble	119

## CRÍTICA

JOHN GRAHL	Una nueva ciencia económica	148
EMMA FAJGENBAUM	Descifrando a Bresson	157
CARLOS SARDIÑA GALACHE	Arakán dividido	167

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

**ts**  
d traficantes de sueños

SUSCRÍBETE

## CRÍTICA

Anwar Shaikh, *Capitalism, Competition, Conflict, Crises*, Nueva York, Oxford University Press, 2016, 1024 pp.

JOHN GRAHL

### UNA NUEVA CIENCIA ECONÓMICA

Desde el crac financiero de 2007-2008, el estado de la teoría económica predominante –que ya lidiaba con revueltas incipientes por parte de estudiantes, analistas económicos y, cada vez más, de los propios economistas– ha pasado a ser abiertamente un escándalo. La propia debacle vino precedida de una arrogante autocomplacencia en torno a la llamada Gran Moderación, que cerraba un ciclo de gran inestabilidad macroeconómica y que se atribuyó a las acertadas «reformas» neoliberales y a la sabiduría de los banqueros centrales. Un signo de la impaciencia creciente con todo esto ha sido la buena acogida que se ha dado en general a los estudios de Thomas Piketty sobre la desigualdad. A pesar de sus argumentos, que son abiertamente simplistas, tales estudios marcan un contraste significativo con los modelos macroeconómicos reinantes, que hablan de un «equilibrio general dinámico, estocástico», y que en su mayor parte no son sino *robinsonadas* matemáticamente sofisticadas, que se basan en un único agente «representativo» y que resultan inútiles para explorar tanto las desigualdades sociales como ese otro aspecto prominente del paisaje financiero contemporáneo como es el *default* [impago]. Otro signo de impaciencia ha sido la fundación del Institute for New Economic Thinking, entre cuyos cerca del millar de investigadores se integran muchas de las mentes más originales e interesantes de la disciplina, provenientes de todo el espectro político, desde la izquierda marxista hasta el centro-derecha.

En esta coyuntura, *Capitalism, Competition, Conflict, Crises*, de Anwar Shaikh, se nos antoja la renovación intelectual más exhaustiva de las intentadas hasta el momento. Tanto por su profundidad como por la amplitud de los temas que abarca, que cubren el análisis detallado de la microeconomía y de la macroeconomía tanto convencional como heterodoxa, este libro es un caso único en la literatura contemporánea. Su ambición no se limita a hacer una crítica de las doctrinas dominantes. Shaikh plantea puntos de vista corregidos o contrastados, apoyados por pruebas estadísticas, de cada uno de los problemas centrales de los que trata, para construir un relato alternativo del funcionamiento del capitalismo y de los desarrollos económicos recientes, particularmente en Estados Unidos.

*Capitalism, Competition, Conflict, Crises* está dividido en tres partes. La primera incluye observaciones metodológicas preliminares; la segunda cubre la microeconomía de la empresa, de los precios y de la competencia; la tercera analiza, a partir de las dos primeras, la macrodinámica —las leyes de movimiento— de esta forma de organización socioeconómica. Un aspecto central del proyecto de Shaikh es la combinación de tesis empíricas y conceptuales en la primera sección, donde argumenta que la economía ortodoxa falla no porque sea abstracta, sino porque sus abstracciones son del tipo equivocado, dado que hipostasia una noción de equilibrio en la que los procesos económicos son vistos como esencialmente ordenados. Por otro lado, el desafío «poskeynesiano» actualmente dominante a esta ortodoxia, que «hace hincapié en las ineficiencias, desigualdades y desequilibrios generados por el sistema, considera que la mayoría de los resultados económicos son contingentes», ignorando las pruebas de orden presentes en el desorden del capitalismo (la convergencia «turbulenta» de los precios en los costes, la anárquica pero a pesar de todo ordenada asignación del capital en los distintos sectores industriales, y la recurrencia a lo largo del tiempo de pautas reconocibles en el crecimiento y en las fluctuaciones del sistema en su conjunto). Para tratar de comprender de manera más precisa este orden dentro de la turbulencia, Shaikh toma a los economistas «clásicos» —sobre todo a Marx, pero también a Smith, a Ricardo y a otras figuras como James Steuart y Thomas Tooke— como modelos por su comprensión de la naturaleza simultáneamente reglada e ingobernable de la economía capitalista, porque dicho en sus propias palabras: «Es importante distinguir entre la noción convencional de equilibrio como un estado ya alcanzado y la noción clásica de equilibrio en tanto que proceso gravitacional». Se pone a sí mismo —y, en general, a los demás teóricos de la economía que aplican un enfoque similar— la etiqueta de «economistas clásicos», aunque parece probable que la mayor parte de estos colegas preferirían caracterizarse como marxistas, cosa que él no hace.

Uno de los pilares clave en la construcción de Shaikh es su punto de vista discordante con respecto a la noción de agregación. Si los economistas

convencionales emplean este concepto como un agente representativo para unificar los planos microeconómico y macroeconómico, él insiste en la diferencia existente entre ambos. Algunos factores que son de gran importancia a escala del trabajador o de la empresa individual dejan de serlo a escala agregada, porque los casos individuales son siempre heterogéneos y la distribución de las variables económicas a través de ellos confirma que el conjunto no es la suma de las partes, existiendo características que aparecen cuando se pasa al nivel agregado. Al criticar la obsesión actual con los microfundamentos, Shaikh sostiene que, a menudo, una misma relación agregada puede resultar compatible con varias explicaciones diferentes de la conducta individual, un punto que él ilustra con el ejemplo de una relación de mercado estándar, una curva de demanda descendente donde la reducción del precio provoca el incremento de la demanda. Este mismo ejemplo lo utiliza también para mostrar que no es necesario postular ningún tipo de «hiperracionalidad» –comprensión absoluta de la economía en su conjunto, anticipación precisa de los desarrollos futuros, optimización exitosa de la toma de decisiones– para obtener resultados económicos básicos. Consecuencia de ello es también el rechazo del «marxismo analítico» asociado con Gerry Cohen y John Roemer, que concede una preeminencia explicativa al agente individual. Pero lo cierto es que no hay prácticamente ningún desarrollo significativo en la teoría económica de los últimos dos siglos que escape al exhaustivo estudio que realiza Shaikh de las diferentes doctrinas, debates y escuelas de pensamiento.

El último capítulo de la primera parte del libro introduce el punto de vista de Shaikh sobre el capital, los beneficios y los precios. La fuerza motriz de la economía capitalista, que gobierna tanto la oferta como la demanda, es el beneficio y la fuente del beneficio es el trabajo excedente, o plustrabajo. Sin embargo, la tasa de beneficio no depende únicamente de la cantidad de plustrabajo, ya que también se ve afectada por las variaciones en los precios relativos, determinadas por la (siempre «turbulenta») igualación de las tasas de beneficio a través de los sectores con diferentes ratios de intensidad de capital. Este es el clásico «problema de la transformación», que se plantea porque Shaikh se sirve de los «precios de producción» como los puntos centrales en torno a los cuales gravitan los precios de mercado, aunque naturalmente esos precios de producción siempre estén fluctuando debido a los cambios tecnológicos y a otras fuerzas. Shaikh interpreta la diferencia existente entre «precios directos» –aquellos que se corresponden únicamente con el tiempo de trabajo necesario para producir cada bien o servicio– y «precios transformados» –según los cuales los bienes producidos por métodos más intensivos en capital tienen precios más altos, igualándose la tasa de beneficio en toda la economía– como el resultado de una especie de transferencia del valor. La transferencia tiene lugar entre el «circuito del capital»,

que incluye el flujo de los beneficios, y el «circuito de los ingresos», que atañe sólo al pago de salarios y la compra de bienes de consumo por parte de los trabajadores. Se podría considerar que esta transferencia consiste en el flujo de inversión que abandona los sectores más intensivos en capital hasta que los precios en dichos sectores se elevan en relación con los vigentes en otros, igualándose de esta forma las tasas de rentabilidad.

En su análisis del conjunto de la literatura especializada que se ha escrito sobre esta cuestión, Shaikh rechaza el enfoque, últimamente influyente, de Duncan Foley y Gérard Duménil, por considerarlo un mero dispositivo contable. Asimismo aporta pruebas empíricas de que, tal y como sugirió Ricardo, la desviación cuantitativa de los precios de producción con respecto a los precios directos es limitada, de forma que el hecho de tener en cuenta la transformación no añade demasiado poder explicativo a la simple teoría del valor-trabajo (el economista de Chicago George Stigler solía referirse con ironía al «93 por 100 de la teoría del valor-trabajo» de Ricardo). Hay que señalar que no está claro por qué Shaikh o, en realidad, otros economistas marxistas conceden tanta importancia a este tema. Aparte de la cuestión de los precios relativos, no parece que ni en la economía marxista en general, ni en la propia versión de Shaikh, haya formulación alguna que dependa de ello. Fue Eduard Bernstein quien sugirió que la teoría del valor-trabajo proyectaba relaciones que son completamente válidas para la economía capitalista en su conjunto en relaciones microeconómicas que, de hecho, se diferencian en función de la intensidad de capital. Un siglo de sesudo análisis teórico no ha cambiado gran cosa la vigencia de este juicio. El análisis preliminar de Shaikh incluye además definiciones de capital y beneficio, así como el desarrollo de medidas empíricas de ambos, que evidencian un grado de erudición y conocimiento de su campo realmente impresionante. Asimismo argumenta de forma persuasiva que los conceptos «clásicos» se adecuan mejor a las prácticas de contabilidad habituales –especialmente en lo que se refiere al tratamiento de los márgenes de beneficio– que los derivados de la economía neoclásica, lo cual es indicativo del mayor realismo de los primeros.

La segunda parte de *Capitalism, Competition, Conflict, Crises* expone la microeconomía según Shaikh, en forma de una teoría de la «competencia real», que es «antagonista por naturaleza y turbulenta en su funcionamiento [...] tan alejada de la llamada competencia perfecta como lo está la guerra del ballet», así como una alternativa completamente elaborada y empíricamente fundamentada, tanto de la teoría estándar de los precios como de la teoría estándar de la empresa. La «ley de un solo precio», vinculada al equilibrio de mercado en tanto que estado ideal, deja paso a la «ley de los precios correlativos», en un proceso nunca culminado de equilibrio competitivo en torno a atractores gravitacionales que están a su vez en movimiento. Aunque es anárquica, la competencia real está limitada por algunas reglas. A partir de

Ricardo y Marx, Shaikh desarrolla una noción del «capital regulador». En cada sector industrial, este sería el capital dotado con «las mejores condiciones de producción reproducibles en términos generales», que con los costes más bajos puede atacar la cuota de mercado de otros capitales del mismo sector. Tal cosa no dará lugar a una completa convergencia en los precios, pero sí los forzará a la baja. Cuando esto ocurre, la igualación en los precios conduce a diferenciar las tasas de beneficio, ya que las unidades de producción más antiguas o menos eficientes sufrirán un declive en su rentabilidad. Sin embargo, las condiciones «reproducibles» de producción (es decir, condiciones no dependientes de factores tales como una tierra especialmente fértil o unos yacimientos minerales excepcionalmente ricos) convierten el propio capital regulador en un objetivo, a medida que el sector industrial por él dominado atrae la invasión de recién llegados, que utilizan los avances técnicos para vender a un precio más bajo que el fijado por su estructura general de costes, en la búsqueda de un beneficio que estimula el sistema en su conjunto. El éxito de tal invasión no dependerá de las diferencias marginales en el coste. Sus riesgos y dificultades requieren que las ventajas en los costes del recién llegado sean «robustas».

La tasa de beneficio que es relevante para el proceso de competencia real no es, por lo tanto, el ratio entre el beneficio agregado y el valor agregado del *stock* de capital, ya que la rentabilidad de las generaciones más antiguas y menos eficientes de equipos de capital, al sufrir una eliminación gradual o drástica, carece de fuerza reguladora. Lo que importa es la rentabilidad de las últimas inversiones de capital; para representar esto, Shaikh emplea como indicador sustitutorio la tasa de beneficio «incremental», esto es, la relación existente entre la variación de los beneficios agregados y el nivel de las nuevas inversiones. Desde su punto de vista, la nueva inversión, agresiva y con costes reducidos, tendrá lugar incluso si los compromisos de capital necesarios reducen la tasa de beneficio alcanzada. Hoy en día esta es tal vez una posición controvertida en la economía política marxista, ya que otorga credibilidad a la noción de que la tasa de beneficio tiende a descender a medida que aumenta la composición orgánica del capital.

Tanto la teoría neoclásica como la poskeynesiana postulan «imperfecciones» masivas en el proceso competitivo. Los neoclásicos no pueden señalar nada en los procesos económicos reales que se corresponda con la noción de una competencia atomística de corte walrasiano, donde una multitud de empresas idénticas se ajustan pasivamente a los cambios en el precio y en el coste, sobre los que no tienen control alguno. De ahí que, para empezar a atender a las realidades observadas, tengan que invocar toda una serie de barreras a la competencia, errores de información, etcétera. El intento de Milton Friedman de escapar a este dilema —el argumento «pragmático» de que la teoría de la competencia perfecta puede ser válida incluso si sus

supuestos básicos resultan falsos— es rechazado por Shaikh aduciendo que las predicciones de cualquier teoría deben incluir sus premisas. La teoría poskeynesiana, al menos en las versiones derivadas de Kalecki, apela también a los fallos de la competencia para describir la formación del precio (las distribuciones de la renta entre los salarios y los beneficios se derivan de márgenes de ganancia monopolísticos), mientras que Shaikh constata ahí la lucha y el conflicto existentes en torno a los salarios y la duración e intensidad de la jornada laboral como el punto de partida de su explicación. En este sentido, aporta pruebas estadísticas sorprendentes para demostrar que se da una igualación (eventual, aproximada, turbulenta) de la rentabilidad en la mayor parte de los sectores industriales, incluso en aquellos que, por estar dominados por compañías gigantes, se podría pensar que se hallan al margen de la presión competitiva.

Tres capítulos más completan la parte microeconómica de *Capitalism, Competition, Conflict, Crises*. En el primero se plantea que mientras el sector financiero está sujeto al mismo proceso competitivo que afecta a otros sectores industriales, su *output price*, centrado en un «precio de producción», es el tipo de interés, lo que crea una divergencia entre los tipos de interés y las tasas de beneficio que incentiva la inversión. El segundo ofrece un estudio extenso y crítico de los debates sobre la competencia, poniendo una vez más de manifiesto la erudición histórica de Shaikh. Por último, un breve capítulo final esboza una extensión de su modelo de competencia real al plano internacional. En conjunto, puede decirse que la reconstrucción que hace Shaikh de la teoría microeconómica le acerca paradójicamente a las enseñanzas de las escuelas de administración de empresas, donde la discusión se centra en las respuestas tácticas y estratégicas a las presiones y oportunidades competitivas reales, aunque siempre desde el punto de vista de las corporaciones. Las implicaciones mucho más críticas de sus modelos podrían ser, por el contrario, un arma formidable en la lucha contra las doctrinas oscurantistas y apoloéticas que dominan la economía predominante.

La última sección de *Capitalism, Competition, Conflict, Crises* parte de estas consideraciones para construir un relato de la macrodinámica de la economía capitalista. El surgimiento, en la década de 1970, del fenómeno alarmante de la estanflación, que puso punto final a cualquier resto de consenso keynesiano, llevó a una drástica contracción de la política monetaria, que socavó la posición de los trabajadores y de las instituciones del bienestar de las décadas de posguerra. La teoría económica académica, sin embargo, se confinó a partir de ahí a las abstracciones del equilibrio general; tal y como señala Shaikh, «evidentemente uno no debería permitir que la realidad se interpusiera en el camino del rigor». Shaikh acepta los principales postulados de Keynes sobre la demanda agregada y la preferencia por la liquidez e intenta integrarlos en la teoría «clásica», pero difiere de

los poskeynesianos en algunos asuntos cruciales. La más importante de estas discrepancias tiene que ver con la visión de Shaikh de que los efectos acumulativos o «multiplicadores» de las fluctuaciones en la demanda agregada son menores de lo que a menudo se supone, porque la tasa de ahorro (relacionado inversamente con el multiplicador) tiende a variar de acuerdo con el gasto en inversión, amortiguando el impacto de este último en la actividad económica, debido al simple hecho de que las corporaciones que invierten también son responsables de una gran proporción del ahorro. Para Shaikh, el beneficio está en el centro tanto de la macroeconomía como de la microeconomía: «El crecimiento capitalista está regulado por el nivel de la rentabilidad neta de la acumulación, potenciada mediante inyecciones de poder adquisitivo [...]. Pero el reverso del crédito es la deuda y los gastos financiados mediante esta tienen límites, por mucho que el crédito moderno y los sistemas de dinero fiduciario puedan posponerlos durante largo tiempo».

Con respecto a la macroeconomía de los mercados de trabajo, Shaikh parte del modelo del ciclo de negocios de Richard Goodwin, que es una brillante adaptación de las ecuaciones de Lotka-Volterra desarrolladas originalmente para analizar la interacción biológica entre las poblaciones de depredadores y de presas. La analogía hace del trabajador en paro la presa, y de los capitales en busca de beneficios, los depredadores. Cuando la depreciación es demasiado exitosa, el declive en el número de presas disponibles afecta a los depredadores, cuyo número a su vez declina, lo que permite que el número de presas se recupere; en términos marxianos, el efecto de una acumulación más lenta es el de reproducir el ejército de reserva de los desempleados. Este mecanismo macroeconómico domina la microeconomía de las relaciones individuales de empleo, y justifica la insistencia de Marx y Keynes en la idea de que el paro en la economía capitalista es esencialmente involuntario y «un producto de la propia competencia real y no de restricciones o imperfecciones presentes en la así llamada competencia perfecta». Shaikh amplía a Goodwin para incluir los efectos de la demanda agregada y un más amplio espectro de variables, en particular la utilización de la capacidad. Asimismo, mide la presión del desempleo en las negociaciones salariales no sólo por el número de parados, sino sirviéndose de un índice que tiene en cuenta tanto el nivel como la duración del desempleo.

En lo que respecta al dinero y la inflación, Shaikh analiza la teoría «cartalista» del dinero, muy influyente en los últimos tiempos, enunciada en particular por Randall Wray. Si el banco central y el gobierno son tratados como una única unidad, entonces la restricción presupuestaria que pesa sobre el gasto público se ve radicalmente transformada. Deja de tener sentido mantener que el gasto público se ve limitado por los ingresos fiscales. La «Teoría moderna del dinero» parte de esta consideración, para defender



que el Estado juegue el papel de empleador en última instancia. Shaikh defiende que el neocartalismo se apoya en toda una serie de suposiciones no plausibles. Al igual que hace cuando argumenta contra las teorías ortodoxas de la inflación, que la relacionan con mercados de trabajo muy ajustados, Shaikh sugiere que las restricciones que pesan sobre la oferta agregada se analizan mejor a partir de la reducción de la diferencia existente entre la tasa real de crecimiento y la tasa máxima postulada por la tasa de beneficio. A medida que se reduce esta diferencia, aparece un número creciente de cuellos de botella por el lado de la oferta.

La noción de que la propia sobreacumulación de capital opera como una barrera para el desarrollo capitalista es una característica definitoria de la teoría económica marxista. Shaikh vincula su análisis de los ciclos y de las grandes crisis a la rentabilidad decreciente y los ciclos económicos de corto plazo al reequilibrio turbulento de la oferta y de la demanda agregada a través de la acumulación y desacumulación de existencias, en el marco de un proceso más lento a través del cual el *stock* de capital fijo se ajusta a la rentabilidad. Shaikh interpreta la crisis estructural de la década de 1970 como el resultado de una tendencia al alza en la intensidad del capital invertido en la producción, lo cual explicaría la desaceleración, junto con un desfase más estrecho entre las tasas de crecimiento reales y máximas, que estaría detrás de la inflación. Durante el *boom* subsiguiente, que coincidió con el paso a las políticas neoliberales, la acumulación se basó en parte en un declive de los salarios, pero, sobre todo, en unos tipos de interés cada vez más bajos que, si en un principio incrementaron los incentivos para la inversión, con el tiempo llevaron al colapso financiero y a la crisis general. Atraído por la idea de las ondas largas y de las grandes crisis recurrentes, Shaikh sugiere que la crisis de 2007 llegó puntualmente, en lo que se antoja como un enfoque excesivamente cuantitativo, que subestima la importancia de las transformaciones cualitativas de las prácticas sociales en el seno de la economía capitalista.

Sin lugar a dudas *Capitalism, Competition, Conflict, Crises* es en varios aspectos un libro difícil. En él, la exposición detallada de los argumentos oscurece a veces su sentido general; Shaikh es, además, un talentoso economista matemático, que acompaña la mayor parte de estas exposiciones con sistemas de ecuaciones. Estos sistemas son complejos, en parte porque, por regla general, Shaikh opta por distinguir los valores reales de las variables clave de sus valores normales y por tener en cuenta los efectos de retroalimentación respectivos, tales como el estímulo que el incremento de los costes de la mano de obra propina a la búsqueda de innovaciones que ahorran trabajo. Un apéndice del libro contiene una lista de unos trescientos símbolos algebraicos. Esta representación densa de las teorías de su autor ralentiza la lectura. Una segunda limitación inevitable se deriva de que estamos ante un estudio crítico de la economía en tanto que disciplina, así como de la economía capitalista,

cuyo ámbito y detalle, pero también su cuidadoso apoyo empírico de posiciones alternativas, deja poco espacio para consideraciones que vayan más allá de lo económico: prácticamente nada se dice en el libro sobre la política o el Estado. Con todo, el libro representa un logro extraordinario, producto de décadas de estudio y de la determinación de tematizar cada aspecto de un extenso ámbito de análisis para someterlo a un examen detallado (otro de los aspectos que no hemos tratado aquí es su meticulosa crítica de las fuentes estadísticas estándar). La teoría de Shaikh de la competencia real ofrece un desafío convincente a las «abstracciones idealizantes» que prevalecen en las doctrinas dominantes, mientras que la renovación de la macrodinámica «clásica» se aleja del vacío escolasticismo del «equilibrio general» para acercarse a las realidades del desarrollo capitalista actual.

El alcance y dimensión de *Capitalism, Competition, Conflict, Crises* es de tal calibre que invita a la comparación con el *El capital* de Marx y ya el hecho de que no resulte absurdo aplicar este baremo da una idea del logro de Shaikh. Por supuesto, lo que tenemos aquí es exclusivamente una crítica de la economía política, sin la perspectiva revolucionaria, social e histórica de *El capital*, pero la crítica de las doctrinas es tan exhaustiva, detallada y precisa como la de Marx; tal vez la exceden en generosidad hacia todos los teóricos de la economía, de cualquier escuela, que en este libro se presentan como genuinos contribuyentes a la comprensión de las relaciones capitalistas de producción. En las teorías e interpretaciones que plantea el propio Shaikh, la principal debilidad es quizá una excesiva fidelidad a sus modelos clásicos, lo que le lleva a pasar por alto la cuestión de la *periodización*, es decir, la de las sucesivas transformaciones de la economía capitalista, cuestión explorada por pensadores como Lenin o Luxemburg. Si bien es cierto que esta *magnum opus* a no deja de dar cuenta de los enormes costes humanos de la crisis capitalista, su ambición es esencialmente analítica: promover un reconocimiento de los aspectos sistemáticos del capitalismo y de su capacidad para la autocorrección, que es lo que hace de él un antagonista tan formidable.